

## **BIAGIONI, AMELIA**

### **CHACARITA**

Helecho  
cala rama clavel y dalia  
como pórtico de noviembre  
ciudadela posada en cielo  
con sus generaciones extendidas  
bajo el vigor  
animación  
fragantes calles  
señales verdes amarillas amarantos  
memento de abejorro  
mariposa recién abierta  
felicidad de rosa y tumba  
féretro raudo  
perseguido  
por el amor de las coronas  
balde rojo  
bebido por ardientes margaritas  
frente a la puerta de familia.

### **EL AMOR**

Solitario a quien palpo,  
dios de mi soledad,  
ven a tientas,  
no hay nadie en la tierra,  
nadie más  
y no tengo nombre.  
Vengo de lo absoluto de tus fábulas,  
cuido tu azar y tu silencio,  
he visto en tu espalda  
el rostro que buscas cruzando visiones

y he contado tus cabellos.  
Con todo el amor y la vida  
yo te conozco,  
solitario, muchedumbre,  
y te pregunto  
quién eres.  
Hombre mío sin bordes,  
ven entero,  
ven hasta la muerte  
y no más, no hasta la tristeza,  
ven a tientas,  
y desde adentro fórmame  
guitarra sin fin, y lo que arranques,  
mi hondo sonido de la especie,  
arrójalos con júbilo  
a la sombra constante,  
amor mío, elemento,  
a la tiniebla original arrójame,  
así, contigo.

## **EL TODO**

Porque un corpúsculo  
tiene en pasión y acción  
el volumen del cielo  
y porque el tiempo avanza retrocediendo  
y porque sólo hay pan hambriento vertiginoso  
y porque sólo ves con límites  
puedes decir simplificando:  
El todo es un instante o ascenso  
con un amor o víctima primera  
de un otro  
consumido  
por la víctima  
de un otro  
devorado  
por la víctima  
de un otro y siempre así  
feliz y atroz  
y siempre diferente,  
hasta un amor o víctima final

que es la primera  
dentro de otro universo.

## ENCUENTRO

Fue en Corrientes y San Martín  
y en un rato de otoño,  
después que el prodigioso atardecer  
borró murallas de cotizaciones  
cerró el tiempo  
y extendió un bosque lila.  
Allí supe  
que hay lugares sin hora  
en donde el agua y el aceite  
o Bach y Villa Lobos  
o los pasos de los diversos  
comparten aura.  
En aquel bosque lila  
vi a dos hombres distintos y perennes  
en sus páginas y en sí mismos,  
dos de las varias escrituras  
de Buenos Aires.  
Inesperadamente  
los singulares, encendidos  
por los dos mundos del crepúsculo  
se divisaron en un claro,  
con ademán volando se saludaron en el oro,  
al lila refluyeron  
y caminaron  
alejados y acercados  
por hojarascas paralelas.  
Uno extraviaba entre los árboles  
su agonía quemante  
y el otro dispersaba entre los pájaros  
su agonía funámbula.  
Pero atendiendo.  
Cada uno en su letra  
y oyendo la diversa,  
Roberto y Macedonio desandaban  
maravillados de escucharse.  
Hasta que se atraparon.  
Hasta que cada cual se oyó en el otro.  
Hasta que hubo

una sola escritura  
o pasión  
o senda,  
y por ella los dos se fueron.